

SELVA. LOS BOSQUIMANOS EMBOSCADOS

Pedro G. Romero

Conferencia impartida en Proklama nº10, en Artium, el 12 de mayo de 2017

Teniendo en cuenta el hecho de que, por una parte estaba vinculado a Inglaterra, a Cambridge, y por otra, en definitiva, estaba obligado al mismo tiempo, con toda mi energía, a mi proyecto de construir la Casa en el bosque de Landstrasse y, por tanto, a ese escenario como lugar de construcción de la Casa, la dificultad de estar siempre allí, en Cambridge o en el bosque de Landstrasse, en el momento oportuno y por no descuidar por uno el mínimo de mi responsabilidad hacia el otro. En realidad, hubiera debido estar durante años en Cambridge para no descuidar Cambridge, y al mismo tiempo en el bosque de Landstrasse. O sea, dejar Cambridge e ir al bosque de Landstrasse y a la inversa, pero también sin transición alguna en el pensamiento, porque cuántas veces estaba, con el pensamiento en Cambridge y en realidad estaba en el bosque de Landstrasse, y cuántas veces, a la inversa, estaba, con el pensamiento, en el bosque de Landstrasse pero estaba en realidad en Cambridge. De forma que, a veces, me decía, aunque estaba en Cambridge, ahora estoy por necesidad en el bosque de Landstrasse, y a la inversa, por necesidad ahora en Cambridge, aunque en realidad estaba en el bosque de Landstrasse. La posibilidad que he tenido siempre de pasar con la cabeza inmediatamente de una cosa a otra, ya de niño podía pasar inmediatamente de una cosa a otra. Y precisamente el hecho de poder ser eficaz en grado máximo precisamente en Cambridge para el bosque de Landstrasse y en el bosque de Landstrasse eficaz en grado máximo para Cambridge, y el hecho de que la intensidad para el uno es mayor cuando estoy en el otro, y a la inversa, y la posibilidad de ceder a esa posibilidad, porque he dominado ese mecanismo ya desde mi más temprana infancia.

Una rama quebrada por el pie, casi un tropiezo. Un ruido, la rama al romperse hizo un ruido, un ruido seco en medio de la noche. La rama quebrada y los pasos sobre la hojarasca. Crujidos en medio del silencio de la noche. Una noche oscura y quebrada. En el fuego nadie se inmutó. Los perros no ladraron. Se escucho el ruido y nadie movió una ceja. Los perros apenas levantaron las orejas. El ruido avanzaba desde el bosque. Más ramas quebradas, cracs, hojarasca y el peso de los pasos sobre la tierra. Pasos pesados en el camino. La mujer siguió atendiendo su caldo. Los hombres en sus labores de talla. El gemido del niño soñando. Las orejas del perro negro se agacharon mientras aumentaba el eco de los pasos. El perro negro dormido. En medio del bosque, el campamento gitano seguía en silencio mientras el monstruo avanzaba hacia ellos, se anunciaba quebrando ramas, pisando hojas secas, aplastando la hierba del camino. Nadie se inmutó. Se escuchaba la respiración agitada del monstruo y nadie hacía un gesto. Calma. La sopa se removía en el fuego. Nadie giraba la cabeza para atender la fuerte respiración, el rugido de los pulmones, el aliento del monstruo. Nadie movió una ceja. Los gitanos continuaban en sus cosas. La presencia del monstruo, la sombra cortada del fuego. Y un solo gesto. “¡Siéntate!”. Sonó a invitación. “¡Siéntate! Y bebe algo.” El monstruo invitado a sentarse. La mujer le acercó una taza. El monstruo, tranquilo, bebiendo sopa, en el campamento de los gitanos. El monstruo había sido rechazado en granjas y cercados. El monstruo que había asustado a la hija del guardabosque. El monstruo, Frankenstein, tranquilo, tomando sopa en el campamento de los gitanos. Frankenstein sorbiendo de la taza. Apenas extrañados de la desfiguración del monstruo los gitanos le pasaban pan y jamón. Los gitanos, sus iguales, azuzando el fuego para calentar a Frankenstein. Calentar al monstruo. Sólo los ciegos, las niñas y los gitanos aceptaban

a Frankenstein, así, sentado en su mismo fuego. Los gitanos, sus iguales, continuaban en sus labores mientras Frankenstein devoraba su alimento. Frankenstein y los gitanos sentados juntos alrededor del fuego. Todos dormidos ya en el campamento gitano. Calma y silencio. El bosque lleno de los ruidos de la noche, en calma y silencio. Un silencio propio. El roró del bosque.

La altura de la Casa es la altura del bosque, de forma que es imposible ver la Casa, salvo cuando se esté inmediatamente delante, la carretera que lleva a la Casa no lleva directamente a la Casa a través del bosque de Landstrasse, sino que lleva a la Casa dando vueltas, seis veces en dirección nordeste y seis veces en dirección noroeste, así que la Casa solo puede verse cuando el que llega está inmediatamente delante de la Casa.

Era de noche y caminaba con los ojos vendados. Los amigos lo llevaban a paso ligero pues, las brezas y malas hierbas que abundaban en el bosque se le enredaban en los pies, tropezaba a menudo y le impedían la correcta marcha. Encapuchado seguía andando a trompicones entre la maleza y no se caía, pues, a cada lado, un brazo amigo le llevaba y le sujetaba. Sí, eran amigos los que le llevaban casi en volandas por el medio del bosque. Amigos recientes. Amigos franceses, miembros de una fraternidad, de una hermandad que, a la vez que practicaban el estudio de los ritos sociales, de la economía y la comunicación de nuestras sociedades, a la vez, llevaban a la practica sus descubrimientos y los celebraban, por eso, por eso estaban atravesando el bosque. Por eso, algunos de esos descubrimientos necesitaban de iniciación, un ceremonial físico en el que el cuerpo se predisponía para distintos saberes. Y casi fue a parar al suelo cuando los dos hermanos, el de la izquierda y el de la derecha, se detuvieron. Un momento. Alto. Otro compañero en la fraternidad iba delante y los mandaba detener. ¡Alto!, repitió levantando la voz para que los otros grupos que atravesaban el bosque también detuvieran su marcha. Ahí, en medio del bosque, parados, y no me quitaban la capucha. Dudaron, pero me dijeron que mejor no me la quitaban. No me quitaban la capucha. Un momento. Sólo un momento. Son unos gitanos *manouche* que nos cortan el camino. ¿Qué queréis? ¡Pasamos! Los gitanos seguían sin hablar, al menos yo no escuchaba a nadie desde debajo de la capucha! El bosque, la inmensidad del bosque, se escuchaba con claridad en los largos silencios que seguían a cada breve interlocución. ¿Qué queréis? ¡Pasamos! Y después, el silencio, las lechuzas, animales que parecían escapar corriendo, un revoloteo de pájaros entre las ramas. ¿Qué queréis? ¿Qué queréis? Y volvía el suspense y el ulular de las rapaces nocturnas. Otro acento, era otro acento. ¿Y ese?, parecían preguntar los *manouche*. ¿Y ese?, ¿quién es?, ¿dónde lo lleváis? Es un amigo alemán, respondieron con algo de candor André y Georges, dos de mis compañeros fraternos. Un amigo alemán. Se llama Walter, Walter Benjamín. Lo llevamos de paseo por el bosque. No se sí esas explicaciones convencían a nadie. Para los *manouche* eran palabras que no explicaban nada. ¿Y eso?, ¿y esa capucha?, ¿porqué va cubierto? El francés que hablaban aquellos gitanos estaba lleno de consonantes que me parecieron alemanas, sinti. No pasa nada, dije, desde debajo de la capucha. Es un juego, no pasa nada, les repetí. Nada, una ceremonia, me llevan a una ceremonia, alcance a decirles en alemán a los sinti. Los gitanos, *manouche* o sinti, me respondieron afirmativamente y en alemán y se rieron y escuché el carro tirado por una bestia que andaba hacia delante y las ruedas se alejaban con risas, risas que me parecieron de gitanos alemanes, sinti, aunque las risas en el bosque tienen su propio idioma. Seguimos entonces, dijo André. Seguimos, asentí y tras una breve caminata llegamos al claro donde tendría lugar la ceremonia. Allí me quitaron la

capucha. Estaban todos, los asistentes al seminario del Colegio de Sociología Sagrada y algunos más que me costaba identificar. Después de la oscuridad del trazo, la luz de luna llena me deslumbraba. En el centro del claro del bosque se afilaban cuchillos. Se hicieron juramentos, se invocó al *Acephale* y, medio entre bromas, se cantaron himnos de fraternidad. Miraba hacía las lindes del bosque esperando ver a los *manouche*. Yo estaba seguro de que andarían por allí, observándonos. Me fue imposible verlos. Pero mi atención y mi pensamiento estaba puesto en los gitanos. Los mismos que detuvieron la extraña comitiva y, aún sin razones, se interesaron por mi, por el encapuchado al que arrastraban al interior del bosque. Ya de vuelta en París, Georges me preguntó que me había parecido la experiencia de aquella noche. Escéptico les recordé el fascismo. En Alemania y en Italia, en España y en Hungría, la juventud se entretenía recuperando fraternidades similares y con similares ceremoniales. Se lo dije sin mucho convencimiento. Se lo dije de pasada. Mi cabeza continuaba en el centro del bosque. Detenida y con la capucha puesta, sin visión alguna, sin ver nada y en medio de la noche. Yo no había visto a los gitanos, sinti o *manouche*, a los gitanos que nos detuvieron en medio del bosque, pero sabía, sabía que querían salvarme.

También pudo ser durante un paseo con mi padre, aquellos paseos que siempre, un año tras otro, nos llevaban en la misma dirección, bajando de Landstrasse y entrando en el gigantesco bosque de toda clase de árboles, en ese bosque que mi padre calificaba sólo de bosque natural, porque no era un bosque plantado según las reglas de la silvicultura sino crecido sin intervención humana, un bosque como siempre decía mi padre que había como caído del cielo de la forma más natural, mi padre quería a este bosque y sólo iba siempre a ese bosque, yo podía ir con él pero tenía que guardar silencio. Posiblemente en uno de esos paseos, que duraban seis o siete horas y en los que el silencio no debía ser roto jamás. En el fondo, mi padre, sólo quería a ese bosque de toda clase de árboles, como caído del cielo naturalmente, y nada más. Mi padre no podía imaginarse la vida sin ese bosque de toda clase de árboles, como caído del cielo naturalmente.

Los encontraron vagando por el bosque, despistados. Andaban apesadumbrados y no era sólo cansancio físico. El hombre caminaba detrás, más despacio. La mujer parecía que le iba indicando el paso. Se detenían a menudo. Reanudaban el paso. Los zingaros los subieron a su carromato. Era mediodía y el sol se colaba con virulencia entre los árboles. Aquel verano parecía más caluroso que otros. Era la guerra, seguramente, la guerra que estaba acabando en aquel mes de agosto recién iniciado. ¡Herr, señor! ¿Dónde van ustedes?, preguntaron los zingaros. Ni la mujer ni el hombre respondieron una palabra. Ni tan siquiera los miraron. ¡Herr, señora! ¿Dónde van ustedes? De parecer menudos, bien vestidos, aunque los trajes estaban desgastados. No parecían prófugos ni algunos de los nazis huidos que buscaban por aquel bosque, en la vieja frontera entre Austria y Hungría, las patrullas rusas. Algo hablaron los zingaros, hablaron de los rusos y Nijinsky se despertó. En ruso, el vagabundo recogido en el bosque, en ruso, porque pareció hablar ruso, les dirigió unas palabras. ¡Nijinsky!, y se daba golpes en el pecho. Eufórico, le daba las gracias. ¡Nijinsky! ¡Nijinsky! *Los gitanos, masa ardiente, vagabundean por Besarabia, bajo sus tiendas, hoy, junto al río, han dormido*, le dijo recordando una estrofa del poema de Pushkin, del mismo nombre, *Los gitanos*. ¡Nijinsky! ¡Nijinsky! el bailarín Nijinsky, soy yo, ¡Nijinsky! Decía en un más que correcto alemán. Los zingaros

celebraron su euforia aún sin saber a quién se refería exactamente. Le dieron agua y le gritaron en su jerga, ¡*bailarino!* ¡*bailarino!* Así fue el resto del camino, en una conversación intermitente que no se debía al desconocimiento del idioma, más bien a la desorientación propia de quienes llevaban varios días perdidos en el bosque. Cuando los gitanos se encontraron con las patrullas rusas les dijeron que el hombre gordo y viejo se había identificado como un famoso *bailarino* ruso. El sargento saco de la cartera un largo listado de nombres y los repaso hasta dar con el nombre famoso de Nijinsky. ¡Ah! Aquí está, Vaslav Nijinsky. Aquí está. Escapado del Sanatorio Psiquiátrico local hace tres días. Última procedencia: Clínica Bellevue, Zürich, Suiza. Aquí está, ¡está!. Prioridad de clase A. Bien, ¡señor Nijinsky, señora Nijinsky, suban al auto, suban al auto! Vaslav estaba agarrado a uno de lo gitanos y no se quería soltar. ¡Suban al auto! ¡Liberados! ¡Vamos a casa! Nijinsky continuaba abrazado al gitano cuando su mujer ya subía al estrado del automóvil todoterreno. ¡Venga! ¡venga! ¡Ayúdelo! Gritó el sargento mirando al zíngaro al cual, todavía, Nijinsky seguía amarrado. ¡Ayúdelo! ¡ayúdelo!. Todavía durante un trecho del camino, en medio del bosque, el automóvil y el carromato anduvieron uno al lado del otro. Nijinsky no soltaba la mano del gitano. Un viejo roble partía los senderos en dos y en aquella bifurcación los dos vehículos se separaron. Nijinsky cayó del lado de la tracción mecánica y mirando hacía atrás, avanzaban ya mucho mas rápidos, vio como se alejaban del carromato. Aún, a lo lejos, entre las filas de árboles, pudo atisbar lo lento de su paso, el demorarse poco a poco de los mulos del tiro, como él mismo Nijinsky, viejos y cansados. Esa misma tarde fueron recibidos en Villa Emilia, en las afueras de Budapest, ahora cuartel de las fuerzas de liberación soviéticas. El capitán organizó una fiesta en su honor. Los soldados recibieron al *bailarino* y cantaron viejas canciones populares, canciones rusas y Nijinsky, con sus pasos, imitaba el baile de los zíngaros, el movimiento de sus pies, el arrastre de la pierna rozando violentamente el suelo. Al día siguiente fue trasladado a Viena. Se hospedó primero en la Casa Wittgenstein que había sido convertido en un cuartel de intendencia, almacén y cuadra de caballos. El Comité Aliado organizó una recepción en su honor en el Hotel Sacher. Junto al piano que llevaba algunos meses sin sonar, el famoso Nijinsky amagó con realizar su famoso salto, el que le había dado posteridad. Sonaba bravo el teclado y el cuerpo de Nijinsky se elevó y volvió al suelo con destreza y prestancia. Voló. Remataba una *czarda* de Bela Bartók y fue celebrado por todos los asistentes que le regalaron un aplauso largo y entusiasta. Al día siguiente les llegó el rumor de que, en el otro lado del mundo, los norteamericanos habían lanzado una terrible bomba sobre Japón, una bomba que destruía ciudades enteras, bosques inmensos, una bomba que podía destruir el mundo. Cuando una mariposa aletea sus alas en el Mar de la China un terremoto hace temblar el centro de la vieja Europa.

Porque realmente mientras me ocupaba en Cambridge, de la forma más fatigosa, de las mutaciones hereditarias, me ocupaba, de la forma más intensa, de la construcción de la Casa en el bosque de Landstrasse, y a la inversa. Un total aislamiento en Cambridge alternaba con un total aislamiento en el bosque de Landstrasse, donde, en el cobertizo de la construcción me he aislado un cuarto sólo para mi, para cuando me sea imposible estar en la buhardilla de mis padres, porque tengo que estar en el lugar de la construcción en medio del bosque. El sigilo con que me he dedicado en Cambridge a la construcción de la Casa, el mismo sigilo en Landtrasse, el mismo sigilo en la casa de mis padres. Por la noche, sin embargo, tanto en el cobertizo de la construcción en medio del bosque como en la buhardilla de mis padres, mientras me ocupaba, sin embargo, totalmente de la construcción de la Casa en medio del bosque, trabajaba en las

mutaciones hereditarias, así, para el extraño, no resultaba perceptible que yo mientras vigilaba los resultados de la construcción de la Casa en el bosque de Landstrasse, me ocupase en las mutaciones hereditarias y, en Cambridge, durante mi actividad docente, durante mis estudios, me ocupaba de la construcción de la Casa en medio del bosque.

Paseaban los dos amigos por el boque de Shinjuku en las afueras de Tokio, en el camino que lleva a la gran selva de Aokighara. Primero habían cruzado un largo jardín pero, inmediatamente, tras atravesar el puente de madera y el riachuelo que lo regaba, se internaron en la floresta. La primavera había despertado a las flores y la tierra húmeda de las lluvias de los últimos días mezclaba los aromas. La fragancia era sumamente agradable por momentos, pero, mientras más se internaban en el bosque el olor se iba haciendo pestilente, nauseabundo. Había flores, muchas flores y se decía que crecían sobre los cadáveres semienterrados de la última guerra. La gente se internaba en el bosque, malherida, y allí morían. Kazuo relataba a Tatsumi su experiencia. Kazuo parecía oler sólo las flores y Tatsumi se agriaba con la humedad de los hongos. La tarde caía con precipitación. Los árboles eran cada vez más altos y más tupido el cielo del bosque. Kazuo volvía a su historia de La Argentina, la bailarina española. La bailaora de flamenco, que lo había despertado para la danza. Siendo un soldado, un profesor de gimnasia, su cuerpo se había torcido para la danza. Pero Tatsumi, tienes que comprender, tienes que entender como fue ese baile, esa danza, Tatsumi. La hojarasca cenagosa les hacía ir más lentos, cuidadosamente, arrastraban los pies por el suelo del bosque. No había camino propiamente sino espacios despejados de maleza. No importaba la danza, Tatsumi, las notas del piano no importaban. Un cuerpo delicado, un cuerpo que se movía en círculos, círculos pequeños. Daba medias vueltas, abría los brazos, levantaba las piernas, clavaba el pie en el suelo Tatsumi, lo clavaba. Cogía impulso, del talón hasta la punta de los dedos, impulso. Volaba su cuerpo, volaba su traje Tatsumi, volaban y se arrastraban por el suelo, a la vez, Tatsumi, el brazo y las piernas y el traje, marcados por el leve taconeo de los zapatos Tatsumi. Los dos amigos se giraron pues el camino parecía cortado y a derecha e izquierda se veía demasiado pantanoso. Sobre sus pasos, a la diestra, varios haces de luz ultimaban claros y amplios prados, la granja de Yamanote, el templo budista, las fuentes termales, torres abandonadas por el ejercito; ya habían pasado por allí otras veces. Tatsumi, como el cortejo de las palomas, los círculos y las figuras del cuerpo eran el mismo suelo del teatro, todo la misma cosa, un ritual solitario, un cuerpo que copula consigo mismo, soltera, la bailarina, solo el espacio de la danza, una copula, Tatsumi. Tatsumi, el cuerpo es el mismo espacio y allí copula como el albatros, como la garza, como el pelícano, bailarines solitarios. Tatsumi, el pelicano que se devora el pecho en su danza, Tatsumi, una danza de soledad, Tatsumi, los claveles rojos del pelo y el traje blanco, el brío, Tatsumi, la gracia del baile que va dejando ver lo que se pierde, lo que perdemos Tatsumi, muestra y a la vez esconde, lo que perdemos. Pero Tatsumi ya no estaba. Había desaparecido. No estaba. No se le veía. Desaparecido, sí, desaparecido. Kazuo parecía acostumbrado y estaba mas contrariado que inquieto. El bosque se abría en dos o tres partes. A un lado, los claros, las granjas, la silueta de las torres sobre los árboles. Al otro, una tupida vegetación, colgantes y lianas, helechos adornados con florecillas blancas y amarillas, espinas, erizos verdes y azules, la corteza de los árboles cubierta de hongos, setas y líquenes perdidos entre arrugas y grietas, huecos, troncos podridos, cuartelada la piel, troquel de madera, bastones, juncos quebrados, prótesis vegetales, verde, amarrón, azules y negros. Se abrió la maleza y apareció, de repente, con la mirada extraviada, Tatsumi. Las manos llenas, los brazos chorreando sangre y entre los puños y el mandil, decapitados, con el cuello retorcido, asfixiadas, dos crías de grulla, dos gallinas, una isabelita, una oca, un ruiseñor blanco.

Dije que simplemente no había podido soportar el hecho de la Casa en medio del bosque, que su hermano hubiera hecho realidad la construcción de la Casa en medio del bosque, de hecho, y sólo para ella y sólo en medio del bosque de Landstrasse, cuando, después de terminar la Casa en medio del bosque, después de entregar la Casa a su hermana, había vuelto a Inglaterra, había sido completamente evidente que la terminación de la Casa en medio del bosque no podía ser realmente, como había creído, como había podido creer, la felicidad suprema, incluso la felicidad más suprema, sino que realmente significaba la muerte de su hermana, porque no había ninguna duda que la hermana de Wittgenstein había perecido por la construcción y terminación de la Casa en medio del bosque para ella, y desde el instante de la terminación de la Casa en medio del bosque, al serle entregada, así le decía yo a mis padres, recapitulando, había sido distinta desde la entrega de la Casa en medio del bosque a como había sido hasta entonces, afectada por una enfermedad mortal que la había acometido instantáneamente en el momento de entregarle la Casa construida en medio del bosque, enfermedad de la que aún hoy se desconoce su origen y tratamiento, enfermedad que se había precipitado en el momento mismo de saber que le iba a ser entregada la Casa en medio del bosque, la Casa en medio del bosque que le había prometido su querido hermano, hermano al que sin duda quería muchísimo pero del que nunca creyó que sería capaz de construirle y terminarle la Casa en medio del bosque, no sabiendo que su hermano se pondría a esto, obsesionado, una y otra vez, determinado a terminar la Casa en medio del bosque que iba ser, al fin, desencadenante de una repentina enfermedad, una afectación que se aceleró en el mismo momento de la entrega terminada de la Casa en medio del bosque.

La voluptuosidad del bosque se desplegaba hacía adentro. Hacía fuera, incluso allí, en las inmediaciones de Trattenbach, el sol del verano castigaba la vegetación y arruinaba su exuberancia. El contraste era grande, incluso en el frío invierno, incluso con nieve. Para Wittgenstein el bosque era un abrigo en cualquier estación y sus paseos buscaban también el confort de una temperatura más regular, la tranquilidad de la umbría para unos ojos cansados, el silencio tan lleno, sin embargo, de matices y notas musicales. No había pasado ni media hora de caminata cuando unos destellos luminosos llamaron su atención. No parecía un manantial pero brillaba más que una piedra. Acercándose, encontró algunas monedas de plata por el suelo, medio ocultas por la hojarasca, lo que había impedido que los rayos de sol alertaran de su presencia. Algunas monedas de plata más y un muerto. Lo que Wittgenstein encontró en medio del bosque fue un muerto, un cadáver, un durmiente más bien, pues, el gitano parecía que yacía descansando, de siesta, tal era la serenidad de su rostro. Pero no, estaba muerto, sí, Wittgenstein lo comprobó, se trataba de un gitano muerto. ¿Qué relación tenían aquellas monedas de plata con el cadáver del gitano? Apenas se hizo esta pregunta cuando descubrió otro detalle no menos sorprendente. El cuerpo no llevaría allí más de una o dos horas, aún estaba templado, no presentaba ninguna herida, ninguna violencia aparente. Lo raro de su posición eran las flores y la vegetación que crecía entre sus piernas, entre sus brazos, a su alrededor. No habían tenido tiempo de desarrollarse de una manera tan rápida, no había una tierra tan fértil ni una flora tan temprana. Entre sus piernas crecían helechos que alcanzaban el metro y medio de alto. Entre el brazo derecho y su cuerpo, también entre sus dedos, algunas trepadoras se enlazaban a las ramas de los árboles más cercanos. Incluso por detrás de su oreja, detrás de su oreja izquierda, un lirio azul, aún tomado por su raíz, adornaba su cabellera

como un tocado, un sombrero que le hubiera regalado la tierra. La figura que presentaban el gitano y la vegetación era sorprendente, imposible, una especie de quimera. Tendría que haberse caído al suelo en perfecta armonía, con una precisión de alcance, con suerte postrera y así, haber encajado con la huella de su silueta, un hueco o molde que le hubiera estado esperando en aquella vegetación inmensa. Obviamente no había habido tiempo para que todas aquellas plantas le crecieran alrededor, no había habido tiempo, ni tan siquiera era primavera. ¿Y las monedas de plata? Quizás esa era la explicación. Una especie de rito. Wittgenstein desconocía absolutamente las costumbres de los gitanos por más que en su casa se hablara de ellos con cierta familiaridad. Todo eran historias misteriosas y encantadoras, relatos y cuentos, donde se les describía como extraños, como exóticos vecinos que frecuentaban aquellas tierras extranjeras, siempre extranjeras. Desde que vino a vivir a Trattenbach los había visto con frecuencia, incluso tratado. Alguna lectura le había aproximado a su mundo y costumbres y se había interesado por su habla, por las particularidades de su jerga. Pero esto de la moneda de plata y las flores, esta exuberancia alrededor del cuerpo muerto del gitano le sonaba de otra manera, a otra cosa. Allí pasaba algo extraño. En *La rama dorada* había leído interpretaciones literarias para algunos ritos parecidos, interpretaciones demasiado fáciles, intentos de explicar, de traducir más bien, al lenguaje positivo de la técnica los misterios antiguos. La lectura era siempre causal y se correspondía con algún descubrimiento reciente de la botánica o de la meteorología. Ese cambio de plano, esa falta de respeto por el lenguaje propio de la magia, por sus lógicas internas. A lo más que se aspiraba era a sistematizar un conjunto de saberes y supersticiones para ponerles el nombre de algún sistema religioso y establecer símiles con el cristianismo, con los mitos bárbaros, con alguna costumbre pagana. A Wittgenstein le interesaba poder establecer un campo propio, un intelecto capaz de asombrarse por el funcionamiento de aquellas magias, sin desciframiento alguno, tan solo apreciando su propia eficacia. Así que la pregunta por la relación entre las monedas de plata y la espontánea vegetación que crecía alrededor del gitano muerto no tenía carácter detectivesco. Constatar algo, más bien se trataba de constatar algo que ocurría en el corazón de aquel bosque y de lo que no necesitaba saber su porqué.